

Comentarios

Algunas consideraciones sobre los atentados terroristas en Estados Unidos

A Kati, Leslie, Paul, Douglas,
Ellen y Linda.

El 11 de septiembre fue un día dramático para el pueblo y el gobierno de Estados Unidos: dos aviones comerciales se estrellaron violentamente en el corazón financiero del país y un tercero dio en el centro de su poder militar. Las víctimas mortales se cuentan por decenas, mientras que las cifras de desaparecidos y lesionados se elevan a varios miles. El sistema de seguridad estadounidense mostró graves fisuras, pese a los ingentes recursos tecnológicos que lo sostienen. Una expresión usual, después de los atentados en Nueva York y Washington, es que, a partir del 11 de septiembre, el pueblo estadounidense "perdió su inocencia". Otra expresión que se ha vuelto corriente es que con los atentados se abre una "nueva era" respecto a la posición de Estados Unidos ante el mundo. Es posible que ambas cosas sean ciertas; es posible que el terror y el pánico vivido por los estadounidenses en estos días aciagos, al confrontarlos con la muerte y el sufrimiento provocados por la violencia terrorista, los hayan hecho caer en la cuenta de su vulnerabilidad, compartida con otros seres humanos en diversas partes del mundo donde el terror no es en absoluto desconocido.

Esa vulnerabilidad existencial de los ciudadanos tiene su contrapartida en la debilidad del aparato de seguridad y defensa, la cual pone en tela de juicio el liderazgo mundial de Estados Unidos, tanto en materia económica como militar. El gobierno estadounidense no sólo tiene la vista puesta

en la situación doméstica —es decir, en cómo responder a las demandas de seguridad de su pueblo—, sino también hacia fuera, desde dónde va a ser juzgado, tanto por su capacidad para hacer frente a las perturbaciones económicas provocadas por los ataques como por las decisiones que tome, en represalia contra quienes planificaron, dirigieron y apoyaron las acciones terroristas, en su propio territorio. En estos momentos, entonces, se juegan cosas muy importantes para las autoridades de Estados Unidos. En este sentido, puede hablarse de un replanteamiento de las prioridades, en materia de seguridad nacional, lo cual obviamente puede ser el inicio de una nueva era para la geopolítica mundial.

Dejando de lado las reflexiones y las hipótesis de gran alcance, en este comentario queremos volver sobre cosas que, en la avalancha de análisis e informaciones, muchas veces se han pasado de largo o no se les ha dado suficiente importancia. La primera —y que tiene que ser dicha de manera contundente— es que la violencia contra personas civiles indefensas no puede ser tolerada, ni justificada, bajo ninguna circunstancia. Justamente una de las características definitorias del terrorismo —como en su oportunidad lo hizo ver con claridad Ignacio Ellacuría— es la de ejercer violencia contra personas indefensas con el fin de aterrorizarlas. Bajo esta óptica, lo sucedido en Estados Unidos fue terrorismo, en su expresión más brutal. Y, lo que es peor,

no sólo se sumió en el pavor a personas indefensas, sino que más de doscientas de ellas fueron asesinadas y miles se encuentran desaparecidas bajo los escombros —con seguridad muertas— o resultaron lesionadas de forma grave.

En segundo lugar, al condenar el terrorismo en Estados Unidos, en más de una oportunidad, se ha hecho énfasis en el sufrimiento provocado a *ciudadanos estadounidenses*. Este énfasis tiene el peligro de hacer olvidar que el dolor humano no distingue nacionalidades y que las víctimas inocentes de la violencia gozan de igual dignidad humana, dondequiera que se encuentren. Un peligro adicional es que el énfasis en la *condición de estadounidenses* de las víctimas puede hacer creer que es sólo por ella que el atentado terrorista es grave, siendo menos grave el terrorismo que deja sufrimiento y dolor en ciudadanos de otras nacionalidades, dígase palestinos, afganos o iraquíes. Pues bien, lo sucedido a los ciudadanos estadounidenses con el atentado terrorista es igual de condenable a lo que ha sucedido en el pasado o les sucede aun a ciudadanos de otros países; y ello por la simple y sencilla razón de la estela de sufrimiento, dolor y muerte de personas inocentes e indefensas que el terrorismo deja consigo.

Así, en tercer lugar, si se sigue con rigor la lógica que condena al terrorismo por las víctimas inocentes e indefensas que deja consigo, la consecuencia que se sigue es la de identificar y sancionar con todo el peso de la ley, no sólo a los ejecutores de actos terroristas, sino también a quienes han tolerado, amparado y financiado tales actividades. El razonamiento es simple: como todas las víctimas valen igual, no hay victimarios y secuaces que puedan quedar exentos de castigo.

En el caso concreto del terrorismo en Estados Unidos, no hay duda de que debe penalizarse a quienes hayan tomado parte en el atentado. Que ese castigo debe ser ejemplar y aleccionador es algo que está fuera de discusión. Que debe quedar claro que el gobierno de Estados Unidos y la comunidad internacional van a ser intransigentes con los responsables y quienes los amparan. Pero esa debe ser la regla en todos los casos donde haya

terrorismo y terroristas, sin importar que en ellos se encuentren implicados aliados de Estados Unidos o incluso funcionarios e instituciones de este país. Nunca más válida que en este contexto la conclusión que extrae de sus reflexiones morales el marqués de Sade, para quien “toda la moral humana está contenida en una sola frase: *hacer tan felices a los demás como uno mismo desearía serlo, y nunca causarles más daño del que uno mismo quisiera recibir*”¹. ¿Estarán dispuestas las autoridades estadounidenses a infligir el mismo castigo ejemplar a los terroristas responsables de los atentados en Washington y Nueva York y a los terroristas amparados por la CIA, el Pentágono y el Departamento de Estado? Porque de eso se trata: de aplicar el mismo rasero a cualquier responsable de terrorismo, pues de lo contrario, siempre habrá un terrorismo tolerado y, mientras ello suceda, el terrorismo no va a desaparecer de la faz de la tierra.

Aquí es importante no perder de vista la solvencia moral de Estados Unidos para convertirse en el abanderado de la lucha contra el terrorismo en el mundo y para castigar a otros, obviando las propias responsabilidades morales: todavía están frescas las heridas dejadas por el terrorismo de Estado y paramilitar vivido por los pueblos latinoamericanos, en las décadas de los años setenta y ochenta, el cual contó con la venia de funcionarios de alto nivel de los gobiernos estadounidenses de ese entonces. ¿Se va a operar un borrón y cuenta nueva sobre este pasado reciente de complicidad con militares y civiles asesinos? O, para poner un ejemplo más cercano, la violencia imperante en los territorios palestinos en Israel, la cual cobra por lo general visos de terrorismo, no necesariamente por el lado de los palestinos², y ello con la venia de las autoridades de Estados Unidos.

No obstante lo anterior, en cuarto lugar, es preciso salir al paso de quienes pretenden, de algún modo, justificar los ataques terroristas en Estados Unidos, en virtud del papel, no muy decoroso, de las autoridades de este país, en materia de defensa de los derechos humanos, así como en actividades agresivas, no ajenas al terrorismo, en contra de estados —por ejemplo, la escalada militar que diseñó

1. Marqués de Sade, “Diálogo entre un sacerdote y un moribundo”. En *Elogio de la insurrección*, Madrid, 1997, p. 38.

2. Ver D. Musalem Rahal, “Intifada: lucha de resistencia popular palestina”, en S. B. C. Devalle, (comp.), *Poder y cultura de la violencia*. México, 2000, pp. 289-299; M. Rabadán Carrascosa, “Literatura de la Intifada. Otra piedra para la lucha”, en Devalle, *Poder y cultura...*, pp. 301-312.

e implementó en contra del régimen sandinista en Nicaragua— o individuos particulares —por ejemplo, la violación de la soberanía panameña, cuando capturó a Manuel Antonio Noriega—, considerados enemigos de la seguridad nacional estadounidense. “Al fin —dicen muchos y no precisamente en voz baja— Estados Unidos están pagando una de las tantas fechorías que ha hecho; bien merecido se lo tiene”. A quienes piensan así hay que recordarles algo obvio, pero que con frecuencia se olvida: los ciudadanos estadounidenses no son el gobierno de Estados Unidos, que en incontables ocasiones —al igual que sucede con los gobiernos de otros países— toma decisiones ajenas a aquéllos. Forzando el argumento, se podrá insistir en que algo de culpa tienen en lo que hacen sus autoridades, aunque sea por no enterarse de lo que deciden sus gobernantes.



Pero no darse cuenta de algo —sobre todo si se ha sido manipulado para ello— no convierte a alguien en responsable de lo que se haga en su nombre. Y esto que puede decirse de los ciudadanos estadounidenses de origen anglosajón, tiene más validez aun respecto de los latinoamericanos que se ganaban la vida limpiando baños y atendiendo ascensores, en los edificios colapsados por los atentados. A estos últimos, no se los puede acusar de complicidad con un gobierno con el cual con toda probabilidad no sentían afinidad alguna, ni se les puede reprochar por no haber hecho nada para influir en unas decisiones políticas que incluso —como la amenaza permanente de deportación o los recortes en salud y educación— no les son favorables. Por supuesto, los más puristas los condenarán por haber decidido buscar un destino mejor en Estados Unidos, lo cual no puede ser bien visto por quienes han satanizado al “imperialismo yanqui”.

Ciertamente, no todos los que justifican los atentados en Estados Unidos aprueban la muerte de civiles indefensos e inocentes. Algunos de los

argumentos que se escuchan de cuando en cuando es que es una lástima que esos civiles estuvieran de por medio, pero si lo estaban, ni modo, mala suerte, estaban en el lugar y el momento menos apropiados. En apariencia, se trata de una postura más decente que la anterior, pero si se la mira bien es tan perversa como ella. Los civiles muertos, heridos y desaparecidos no “estaban ahí” por simple casualidad, pues los edificios destruidos estaban ocupados no sólo por quienes trabajaban en las oficinas allí establecidas, sino por los visitantes que a diario se desplazaban en su interior. Lo mismo dígase de los aviones secuestrados y luego estrellados: eran aviones comerciales, con pasajeros a bordo, en vuelos normales. Así que ni quienes estaban en los edificios, ni quienes iban en los aviones y murieron, desaparecieron o resultaron heridos, fueron un *efecto inesperado* (o un efecto colateral) de los atentados terroristas, sino que eran parte del éxito de la operación, al igual que lo fue la cobertura masiva que hicieron de la misma los medios de comunicación³.

3. No podemos dejar de señalar lo peligroso de un argumento como el siguiente: “ni modo, si el gobierno de Estados Unidos hace o ha hecho cosas negativas no importa quiénes deban de pagar por ello”. Si se acepta este argumento, en esta situación, no se ve cómo no deba ser aceptado en otras. Justamente, es lo que muchos en Estados Unidos ya dicen: “si algún gobierno ha apoyado este acto terrorista, debe aplicarse toda la fuerza militar

Esto nos lleva, en quinto lugar, a insistir en uno de los rasgos propios del terrorismo: la exacerbación de la inadecuación entre medios y fines, a tal grado que los primeros terminan por imponerse e incluso por difuminar a los segundos. Más aún, la ruptura entre los medios y los fines puede ser tal que los medios terminan por cobrar autonomía, hasta el extremo de legitimarse por sí mismos, es decir, por su eficacia y contundencia. El filósofo francés Albert Camus ha sido uno de los que con más lucidez ha planteado la lógica que orienta el comportamiento del terrorista —una variante de lo que él llamó el “rebelde metafísico”. El terrorista es, en efecto, un “rebelde”: su rebelión es ascética, aunque ciega —dice Camus—, y añade: “si entonces el rebelde blasfema, es con la esperanza de un nuevo dios... No es la rebelión, en sí misma, la que es noble, sino lo que ella exige, incluso si lo que se obtiene es también innoble”⁴. En otras palabras, para el terrorista nato, el fin perseguido es lo de menos; al igual que son algo totalmente irrelevante, aunque no prescindibles, el sufrimiento humano y los costos materiales de sus acciones.

El terrorista, pues, no necesita pretextos para hacer lo que hace; en todo caso, la respuesta de los otros —de sus víctimas— le servirá para justificar *a posteriori* sus bombas, asesinatos y rehenes. Para quienes hicieron explotar los aviones en Estados Unidos lo que menos cuenta es lo que hayan hecho en su contra las autoridades de este país o lo que hayan hecho en su contra las víctimas directas de los atentados. No necesitan apelar a eso para justificar el “sufrimiento regenerador” (A. Camus), que están llamados a infligir al “imperio del mal”. Que este terrorismo fanático no bordee la locura es cosa que tendrá que ser discutida largo y tendido, no para justificar, en su nombre, el daño provocado, sino para entender los resortes psicológicos ocultos, que mueven al terrorista.

Relacionado con lo anterior, en sexto lugar, debe quedar claro que *terrorista no es igual a guerrillero*, al igual que *tampoco terrorismo es idéntico a movimiento insurgente*. Sólo por una burda manipulación —ideológicamente interesada— se puede caer en estas identidades. Ello no quiere de-

cir que los guerrilleros no puedan cometer actos terroristas o que un movimiento insurgente no pueda tener componentes terroristas, sea como parte de su estrategia —por ejemplo, Sendero Luminoso, en Perú, o ETA, en España— o como efecto derivado de la ejecución de su estrategia político militar, en el marco de una guerra civil abierta. Pero la ecuación no es inmediata, ni puede darse por establecida *a priori*. Precisamente, eso fue lo que sucedió en El Salvador, en la década de los años ochenta —gracias, en buena medida, al discurso anticomunista del Pentágono y del Departamento de Estado de Estados Unidos—, cuando se utilizó el calificativo de terrorista para quienes integraban (o simpatizaban con) el FMLN.

Aun ahora, cuando las cosas debían estar bastante claras al respecto, no faltan quienes insisten en identificar al movimiento insurgente salvadoreño con un movimiento terrorista y a quienes lo integraron como terroristas, olvidando que el terrorismo no es un peligro al que sólo son proclives las izquierdas armadas —ni que tampoco es exclusivo de movimientos como Sendero Luminoso, ni de los grupos radicales árabes o de los etarras en el País Vasco—, sino que también son proclives a él grupos e individuos —al igual que estados—, que se proclaman celosos defensores de los derechos humanos y de la democracia.

Hay que decirlo con todas sus letras: hubo prácticas terroristas en la izquierda armada salvadoreña, pero el terrorismo no fue el factor que definió su estrategia revolucionaria, ni la identidad de la mayoría de sus militantes. Ciertamente, lo que hubo de terrorismo en la insurgencia salvadoreña no tiene ninguna justificación y, en algún momento, quienes participaron en estos actos deberán rendir cuentas ante la sociedad. Dicho esto, no hay que callarse la otra cara de la moneda: el terrorismo del cual son responsables militares salvadoreños, ya fuera como auspiciadores (o cómplices) de los escuadrones de la muerte o como ejecutores de la llamada estrategia de guerra de baja intensidad —diseñada por expertos militares estadounidenses— que incluía el terrorismo como uno de sus componentes básicos. El terrorismo de Estado no fue una frase vacía en El Salvador —

que sea posible como castigo, sin importar quienes paguen por ello”. Es el mismo principio. Si se acepta una vez, tiene que ser aceptado en todos los casos. Y eso no augura más que un espiral de violencia donde las víctimas van a ser en su mayoría personas indefensas e inocentes.

4. A. Camus, “El hombre rebelde”, en *Obras completas*, Madrid, 1972, pp. 677-678.

como tampoco lo fue en Argentina, Chile, Paraguay, Bolivia o Brasil—, ni es una invención de los enemigos de la libertad y la democracia. Se trató de una realidad cotidiana de miedo, incertidumbre y terror, provocados no por guerrilleros, sino por los “agentes del orden”: guardias nacionales, carabineros, policías y batallones de reacción inmediata. Quienes fueron responsables de este terrorismo también deberán rendir cuentas a la sociedad por sus fechorías; al igual que deben rendir cuentas quienes los asesoraron y los financiaron.

Por último, aunque los atentados terroristas en Estados Unidos son condenables desde todo punto de vista, hay que cuidarse de enmarcarlos en la lógica de los “buenos contra los malos”. Qué duda cabe que hay mucho de maldad en personas que provocan dolor en otras, cuya indefensión es total. Pero eso no convierte a sus “vengadores” en los buenos, en términos absolutos y definitivos. Creer esto puede llevarlos a cometer los peores crímenes, amparados en un halo de bondad, que no sólo los autojustifique, sino que los haga pensar que todo lo que hagan les deberá estar permitido. La lucha del bien contra el mal nunca ha dejado nada bueno a los hombres; sólo sufrimiento y degradación moral.

La reparación de una injusticia puede hacer de alguien un ser bueno, mientras así lo hace, pero siempre y cuando ello no sea al precio de cometer una injusticia mayor. Si este fuera el caso, su logro moral dejaría de ser tal y estaría siendo tanto o más malo que quien cometió la primera injusticia.

El vaquero que para vengar la muerte de su amada descarga su escopeta una y otra vez sobre el asesino está sacando a relucir la dosis de maldad que todos los humanos —anglosajones, asiáticos, latinoamericanos, teutones, francos y galos, judíos, musulmanes, católicos y protestantes— llevamos dentro, como seres ambiguos, mezcla de razón y sinrazón, que somos.

En definitiva, algo muy grave pasó en Estados Unidos este 11 de septiembre de 2001. Muy deteriorada tiene que estar la propia sensibilidad para titubear siquiera a la hora de condenar un hecho que provocó muerte y sufrimiento, en miles de personas. Peor tiene que estar la propia condición humana para alegrarse por la muerte y el sufrimiento de otros seres humanos como nosotros. Cualquier consideración posterior sobre lo sucedido este 11 de septiembre no debiera obviar lo fundamental: la condena absoluta a un hecho horrendo, que dejó luto y dolor a miles de familias estadounidenses. Quienes tenemos amigos en ese país, sabemos de la calidad humana y la bondad de muchos estadounidenses. La cercanía con ellos nos hace sentirnos solidarios con el sufrimiento y el dolor de los suyos que, por humanos, son también los nuestros.

Luis Armando González
Director del Centro de Información,
Documentación y Apoyo a la Investigación
(CIDAI)

San Salvador, 24 de septiembre de 2001.